ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO IV — BARCELONA 18 DE MAYO DE 1885 — NÚM. 177

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—FUNCION POR HORAS, por don Cárlos Malagarriga.—EL AMOR QUE ASESINA, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—ENTRE LAS OLAS *(conclusion)*, por don Rafael Trillo de Merelo.—LA SENSIBILIDAD Y LOS SENTIDOS, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: EN GRATA CONTEMPLACION, dibujo por E. Niczky.—DESCANSO EN EL DESIERTO, cuadro por Rodolfo Huber.—ARTÍCULO DE FONDO, copia del celebrado cuadro de Enrique Serra, grabado por Kaeseberg y Oertel.—FRAY FANFULLA, escultura por Lodi, reproduccion fotográfica por el método Meisenbach.—APARATO AÉREO DE GOUPIL.—ULTIMAS HORAS, cuadro por Grocholski.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: DISTRIBUCION DE DOTES Á LAS DONCELLAS POBRES EN PREMIO DE LA VIRTUD, EN EL PALACIO BORGHESE, EN ROMA, cuadro por L. Alvarez.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La primavera viene.—Vuelos de golondrina.—Los apóstoles.—Frutos de ignorancia.—¿Cuándo acabará el reinado del fanatismo?—Carreras de caballos.—El doctor Ferran.—Clausura de teatros.

Por fin, despues de largos meses de lluvias y temporales, la primavera ha consegnido rasgar el velo del invierno, y desde hace algunos dias se nos presenta con su cara sonrosada y alegre. Ya está el Retiro cubierto de hojas, y por la mañana y por la tarde enjambre de niños y procesion de amantes discurren por los senderos de aquel jardin de Madrid. Las corridas de toros toman aquel calor y aquel carácter propios de esta fiesta, incompatible con el frio, que necesita un sol fundente en el cielo que encienda los rostros de los espectadores haciéndoles sentir á los trece mil ciudadanos congregados en el circo los efectos de una fiebre con sus fases de delirio furioso. Es la época más hermosa de Madrid, la que eligen para visitarnos los provincianos y los extranjeros, y cuando es frecuente encontrar en la Puerta del Sol y en las calles céntricas grupos de ingleses y alemanes, de rostro rubio y contemplativo, de marcha lenta, y que bajo los extraños atavíos del traje de viajero muestran una curiosidad vehemente y extraordinaria por conocer al país de las leyendas y de las guerras. La suave coloracion de las flores de lila marca sobre el tono verde de los bosquecillos del Retiro una delicada línea de ese matiz juvenil é inocente propio de la primera quincena de mayo. Ha aparecido la primera golondrina, y su vuelo rápido é irregular nos convida á un viaje como el de sus alas, por los distintos asuntos que la vida de los últimos dias ha dejado en mi cartera.

***

Recordarán los lectores que hace algunos meses se produjo en los barrios populares de Madrid una extraordinaria animacion, porque habian aparecido unos cuantos hombres que se suponian investidos por Dios de la facultad de curar las enfermedades rebeldes al tratamiento de la ciencia, y que mezclando las oraciones y la terapéutica, la devocion y la farmacia, daban salud al enfermo, repitiendo en sus discursos las promesas de la oracion de San Antonio, cuando dice aquello de:

Miembros y bienes cautivos
Recobran viejos y ancianos, etc.

El pueblo de Madrid, que tiene singular talento para poner nombre á las cosas, llamó á estos curanderos *los apóstoles*, y con este nombre se han quedado, con este nombre fueron á la cárcel de Madrid, y con este nombre salieron, gracias á la intervencion del pueblo, que acudió á las puertas de la cárcel-modelo á pedir que dieran libertad á sus salvadores.

De qué manera el charlatanismo halla eco en la ignorancia de la plebe, es cosa que mereceria las observaciones de un hombre perspicaz en la psicología social. Á la manera de Hebert Spencer, necesitamos los españoles que en la nueva generacion de escritores sabios que está formándose en estos momentos surja un espíritu analítico por el estilo de aquel admirable escritor inglés. Para él está reservado el estudio de esta contradiccion aparente, pero que en su fondo contiene y prueba el paralelismo de las cosas semejantes. Aparece un apóstol de estos de la moderna escuela, prometiendo la salud á un baldado, sin necesidad de acudir á la accion de la hidroterapia, ni á la de la cirugía, y en vez de encontrar en el círculo de oyentes el desprecio y la burla, halla credulidad y entusiasmo. En torno de aquellos ignorantes se forman círculos concéntricos cada vez mayores, y así va trascendiendo la fama del charlatan, convirtiéndose la notoriedad de un dia en popularidad creciente é invasora.

Ultimamente ha publicado uno de los apóstoles un libro en que expone el secreto de las curaciones llevadas á cabo, segun ellos, con sus artes médico-religiosas. Segun el apóstol en cuestion las enfermedades son espíritus adversos que se apoderan del hombre. La calentura es un espíritu delirante, la gota serena es un espíritu ciego, y por este órden cada una de las enfermedades que afligen á la humanidad es clasificada dándole la representacion de un espíritu determinado. Para curar no es preciso, pues, medicamento, sino oraciones; amedrentar aquel espíritu que se ha apoderado de nuestros huesos y de nuestros nervios, echarle á cajas destem-

EN GRATA CONTEMPLACION, dibujo por E. Niczky

(c) Ministerio de Cultura 2006

pladas de nuestro organismo, desalojarle victoriosamente como á un enemigo á quien se puede vencer.

Es necesario mirar las fechas de los periódicos que tenemos sobre la mesa, la hoja última del almanaque de pared que se ostenta ante mi vista sobre el papel pintado de mi despacho; es preciso contar con los dedos los años de vida que llevamos, y hacer acudir á nuestra memoria los recuerdos de los acontecimientos más memorables del progreso humano, para convencernos de que estamos en el año 1885, á fines del siglo XIX, despues de haber sido testigos en el tiempo y en el espacio de revoluciones y trastornos, y áun así no nos convencemos de que sea posible, al cabo de tantos siglos de trabajo por el progreso, que haya quien dé crédito á trapacerías tan infames y tan miserables.

***

Las carreras de caballos de la *season* de primavera han empezado y concluido brillantemente.

Como espectáculo tiene poco que ver.

Como fiesta resulta indigna de la cultura contemporánea: al fin y al cabo representa la glorificacion del caballo.

Como juego de azar está dentro del Código, porque es cosa sabida que en las luchas de volacidad lo casual se impone á las previsiones mejor sentadas.

Como ejemplo social no es, en verdad, edificante, porque en un país donde á Ferran, inventor de un principio científico tal como el de la vacunacion del cólera, se le deja en abandono, resulta espantoso el caso de ver al propietario de una buena cuadra ganando al año cuarenta mil duros de premios en metálico.

***

He citado el nombre del Sr. Ferran y quiero acabar estos apuntes estampando su nombre entre coronas de laurel.

España sigue con entusiasmo y ansiedad sus estudios.

¡Gloria al modesto médico! ¡Gloria al insigne experimentador!

***

La temporada teatral ha terminado. Cerrada la Opera, cerrado el Español, próximo á cerrarse la Comedia y la Alhambra no hay movimiento artístico de que dar cuenta.

Hoy por hoy los *clowns* de Price son el entretenimiento de Madrid y el único asunto de las revistas de espectáculos.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EN GRATA CONTEMPLACION, dibujo por E. Niczky

Por su sencillo asunto, por el semblante y por la actitud del único personaje de esta agradable composicion, bien pudiera titularse el candor ó la inocencia.

Tiene este cuadro una circunstancia especial, y es la equilibrada importancia de la escena y de la figura que la anima. Si esta, por sí sola, recomienda al autor como dibujante correcto y artista que siente lo que ejecuta, no tiene menor mérito el jardin en que tiene lugar la grata contemplacion de la simpática criatura. Hay en él gradaciones y matices preciosos, desde las flores que alegran el *parterre* hasta los cipreses del sombrío fondo, que contrastan magistralmente con el primer término.

Es un dibujo cuyo mérito resalta á medida que se examina más detenidamente.

DESCANSO EN EL DESIERTO, cuadro por Rodolfo Huber

Se necesita toda la calma estúpida del africano y toda la paciencia algo petulante de un camello para deshacer el camino recorrido por una caravana del desierto. Miéntras el viajero, indígena ó extraño, ha interrumpido con la animacion del *touriste* la monótona igualdad del Sahara, el conductor ha formado parte de una familia improvisada, ha tenido á quién repetir lo poco que sabe, ha podido comunicar impresiones, ha participado de las generales privaciones ó bienandanzas; en una palabra, ha vivido en sociedad, siquiera esa sociedad haya sido trashumante.

Pero llega el viajero á su destino, retribuye á su guía, le despide más ó ménos satisfecho, y héte al africano de retorno, conduciendo á la recua de camellos imbéciles á través del desierto, es decir, á través de ese mar de arena sin olas, de ese espacio caldeado sin aves, de ese mundo sin habitantes y hasta sin rumores; avanzando hácia un horizonte igual ayer que hoy y hoy que mañana, inmensidad sin grandeza, naturaleza sin vida, soledad sin poesía, dentro de la cual el árabe mira sin ver, alienta sin pensar, camina como el autómata y descansa tan automáticamente como camina.

Tales impresiones refleja el cuadro de Huber, notable porque deja formar una idea bastante aproximada de la aridez, de la calma, estamos por decir del silencio del desierto.

ARTÍCULO DE FONDO, copia de un celebrado cuadro de Enrique Serra, grabado por Kaeseberg y Oertel

Tiene lugar la escena en la biblioteca de un convento romano. Dos reverendos regulares y otro reverendo no regular (sin que esto á irregular equivalga) se ocupan de asuntos de España, cuyas noticias les llegan por conducto de un periódico tradicionalista. Su lectura excita poderosamente la atencion de los dos padres, y el tercero de estos no puede contener un gesto muy significativo de complacencia. Puede apostarse sin compromiso á que el *Artículo de fondo* contiene una tremenda catilinaria, de esas que levantan ampolla á la gente pidalina.

Este cuadro es un gran paso dado por su autor en el camino del arte. Véanse de él *La odalisca muerta* y el *Botin de guerra*, compárense con el *Artículo de fondo*, y tendremos tres etapas de la carrera artística de Serra, siempre en progreso creciente. El primero tiene sentimiento poético; es de un autor que *promete*... El segundo es un modelo de dibujo y de vigor; es de un artista que *cumple*... En el tercero hay un estudio profundo de los tipos, una factura que resalta sin auxiliares de relumbron, un dominio del arte que solamente poseen los verdaderos iniciados; es de un artista que *se excede*...

Serra es jóven aún y en Roma se habia conquistado una reputacion ilustre ántes de pintar su *Artículo de fondo:* despues que se le conoce ese lienzo, ha dejado de ser el gran discípulo y empezado á ser un buen maestro.

FRAY FANFULLA, escultura por Lodi reproduccion fotográfica por el método Meisenbach

La popular figura, ó mejor dicho, la ideal figura del lego italiano que esgrime indistintamente la pluma y la espada, ha sido reproducida una vez más por un artista que se ha aproximado á la verdad cuanto la ejecucion material puede aproximarse á los tipos que la fantasía crea á su gusto.

En la estatua de Lodi hay firmeza de ejecucion, habiendo su autor descartado de su Fanfulla esa parte *imposible* que viene á ser el pecado de muchos intérpretes de creaciones místicas.

APARATO AÉREO DE GOUPIL

Los dos grabados que presentamos á nuestros lectores representan el modelo de un nuevo é ingenioso aparato para volar, construido con arreglo al sistema ya conocido de hacer funcionar una maquinita locomóvil movida por vapor ó por la fuerza muscular del hombre, y unido á un globo aerostático provisto de alas, cola ó hélice movibles; cuando esta maquinita ha adquirido por el efecto de su funcionamiento cierta velocidad, extiende y bate las alas y se levanta, imitando así á ciertas aves que para elevarse al aire han de correr primeramente un trecho más ó ménos largo. El hombre que se sirve del aparato y que ha de estar colocado exactamente en el centro de gravedad, mueve la rueda que hace las veces de velocípedo corriendo por el suelo, por medio de los pedales *a*, *a* y las varitas *b*, *b*, miéntras con los brazos hace girar por medio de palancas *c*, *c* la hélice *e*, y dirige por una cuerda y otra palanca el timon *f* colocado á manera de cola en la parte posterior del globo. Una vez elevado al aire se mantiene suspendido únicamente por el movimiento de las alas y dirige su curso por medio del timon.

El aparato pesa en junto 220 kilógramos, el mecanismo está construido en su mayor parte de madera delgada; el globo puede ser hecho de seda ú otro tejido á propósito y con tela de seda están cubiertas tambien las alas y el timon.

Ignoramos si este aparato ha sido ensayado ya prácticamente.

ÚLTIMAS HORAS, cuadro por Grocholski

La miseria y la muerte, la deshonra tal vez, se han dado cita en el interior de esa desnuda estancia. En ella agoniza dulcemente una débil criatura, en mal hora venida al mundo. Su amante madre carece de todo, hasta de lágrimas para desahogar su pena. Inmóvil, muda, fria, parece una estatua de la resignacion; no de esa virtud cristiana que hace poner en Dios la esperanza de los desesperados, sino de esa indiferencia glacial, musulmana, del fatalista que renuncia á luchar contra lo irresistible; esa indiferencia del náufrago que quiere tenderse, cual en un lecho, sobre la ola homicida é incontrastable que le arrebata.

Murió la luz escasa de la vela ántes que penetrara en la estancia el primer rayo del sol matutino: la pobre enferma se ha dormido... ¡Quién sabe si la que se durmió en duro lecho despertará en la esplendidez de los cielos!... ¡Cuán dichosa seria esa madre triste si un mismo sueño, el último, la llevara á despertar allí donde las madres presencian la llegada de las almas de sus tiernos hijos!...

El cuadro de Grocholski produce una dolorosa impresion. Por lo mismo que está sentido perfectamente, el que lo examina no puede ménos de sentirse conmovido ante una realidad desgarradora. Analizándole atentamente, se lee todo un drama en el semblante, en la mirada, en el abandono de esa mujer, que fué hermosa, fuerte, feliz, hasta... ¡misterios de Dios!... ¡precisamente hasta que fué madre!...

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

DISTRIBUCION DE DOTES á las doncellas pobres en premio de la virtud, en el palacio Borghese, en Roma, cuadro por L. Alvarez

No es difícil explicarse este cuadro. El asunto, empero, es de tal índole, que más parece pretexto para que su autor haya hecho gala de verdadera prodigalidad de recursos secundarios.

Por la grandiosidad del local, perfectamente reproducido, por el lujo y propiedad de la decoracion, por la verdadera magnificencia de los detalles, incluyendo en estos á los asistentes á la fiesta; resulta que en el cuadro de Alvarez lo accesorio, léjos de seguir á lo principal, viene á ser lo principal en estimacion.

El conjunto, empero, tiene condiciones de obra de primera fuerza.

FUNCION POR HORAS

I

Salió de la casa de huéspedes, donde habia comido muy mal.

No tenia ganas de coger los libros; faltaban todavía tres semanas para las oposiciones y podia darse una noche de vagar.

Desde su llegada á Madrid,—y hacia ya de esto ocho dias,—no habia salido por la noche solo.

Al llegar á la calle el aire frio de marzo azotó su rostro: aceleró el paso. ¿A dónde ir?

Subió la empinada cuesta de la calle Ancha; los tranvías pasaban repletos, miéntras por las aceras las gentes andaban muy de prisa en direccion á la Puerta del Sol.

Hallóse al poco rato en la plaza Mayor; algunos pocos paseantes se detenian ante los escaparates de las tiendas donde brillaban, heridos por la cruda luz del gas, los relojes de metal y las cadenas falsas: á lo léjos, dominando el sordo rumor de los coches, vió unos chiquillos que jugaban.

Recordó entónces la tranquila plazuela de su pueblo cuando la atravesaba en aquellas frias noches de invierno dirigiéndose á casa de su tio el boticario; todas las puertas cerradas, reflejando los vidrios de las ventanas el rojizo fuego del hogar, oyéndose á lo léjos el rumor del rio y el que produce el viento al agitar los árboles de la vecina huerta. Recordó aquellas pacíficas tertulias alrededor del brasero, y tuvo frio.

¿A dónde ir?

II

Pensó en ir al teatro: habia oido hablar de los teatros por horas y preguntó en la primera tienda que encontró, cuál habia por allí.

Los mancebos, con esa sorna del que vive encerrado y esclavo, le indicaron el Real, y al decirles que buscaba un teatro por horas, le dijeron que el más próximo era el de Martin. Una mujer compasiva le dijo que, no léjos de allí, con sólo seguir la calle de Atocha, hallaria el de Variedades.

Tomó el camino, pero ántes paróse en una esquina y se enteró de la funcion que daban. Eran ya las nueve y media de la noche; decidió tomar billete para la funcion de las diez.

Habíale tocado el primer acto de una comedia en dos: esto le contrariaba un poco. Sin necesidad de meter la mano en el bolsillo, sabia que no llevaba más que una peseta, y sabia además que el poco dinero que tenia en casa debia ahorrarlo mucho para que durara, lo ménos, hasta saber qué resultado tendrian las oposiciones que le habian traido á Madrid. Otro dia veria el segundo acto de la comedia.

En último caso, así se recogeria más temprano. Sí; definitivamente, volveria otra noche á Variedades.

Llegó al teatro, compró una butaca y esperó en el vestíbulo. Estaba lleno de gente. Abundaban las mujeres de los barrios vecinos, envueltas en gruesos mantones y ocultando la mitad de la cara tras del pañuelo de colores chillones; los estudiantes bulliciosos hablando en voz alta de todo, del frio, de la funcion y de política, y algunas familias, por su aspecto provincianas, que esperaban resignadas que se abriera la puerta, sentadas en los bancos.

III

Entró en la sala, brillantemente iluminada, dirigióse á su butaca, sentóse y aguardó. Miéntras la gente iba colocándose trabajosamente en su sitio y la orquesta tocaba una polka popular, paseó su vista por la sala.

No habia más que un palco ocupado. Estaban en él un hombre y una mujer. Aquel, jóven, elegante, sacando fuera del antepecho, muy afectadamente, la mano para enseñar un grueso brillante; ella, hermosísima, con la cara cándida, los ojos inocentes y el cuerpo provocativo é incitante.

Quedó deslumbrado: á los cinco minutos odiaba mortalmente á aquel hombre y amaba locamente á aquella mujer.

Alzóse el telon. La comedia era insulsa; unos padres ambiciosos, una niña tonta, un amante atrevido, exponian sucesivamente al público sus propósitos.

Prestaba escasa atencion á lo que pasaba en la escena. No podia separar sus ojos de los de aquella mujer: tan pertinaz era su mirada, que ella dirigió así como descuidadamente sus gemelos hácia él; algo veria en aquellos ojos ardientes que le gustaria, porque no dejó durante largo rato de mirarle como á un sér extraño.

Pero prestó de nuevo su atencion á lo que se representaba y no volvió á acordarse de aquel á quien acababa de hacer su esclavo.

De pronto bajó el telon y un sudor frio bañó su frente. Le echaban á la calle; ya no tenia derecho á aquella butaca, á aquella sala caliente y confortable, á mirar á aquella mujer.

Salió á la calle y esperó.

(c) Ministerio de Cultura 2006

IV

El frio habia recrudecido; el delgado gaban no le abrigaba. A la puerta del teatro no habia nadie. Afuera, algunos vendedores de periódicos esperando como él la salida del público.

Pensó con ira que no tenia dinero para volver á entrar; que quizás uno de aquellos dos coches que esperaban á la puerta era de ella y que ni el consuelo tendria de saber su casa. Queria olvidar la media hora de dicha que acababa de pasar y no se movia. En medio de todo le causaba cierta curiosidad el pensar qué fin tendria la comedia.

Aquello duró mucho rato. Al fin empezó á salir la gente.

Arrimóse á la puerta; ¡con qué lentitud salian todos! ¿Tendria otra puerta el teatro? No dejó, sin embargo, de observar que los dos coches, que eran su pesadilla, habian desaparecido.

Decididamente no faltaba ya nadie; salian ya los porteros, cambiada la gorra galoneada por el aplastado hongo y envolviéndose en la capa. Algunos iban acompañados de sus mujeres.

¡Es ella! Sí, sale del brazo de aquel infame, que aprecia en más sus brillantes, que á aquella mujer.

Una toquilla oculta casi su rostro; sólo sus ojos siguen despidiendo desdeñosas pero luminosas miradas.

Sale tras ellos como un perro. ¿Qué pensarán de él? ¿Le habrá visto?

En aquel momento pasa un coche de alquiler. Se detienen, suben á él y desaparecen.

. . . . . .

Corrió detrás del coche como un desesperado, pero lo perdió de vista al poco rato. Para mayor desesperacion perdió tambien su camino.

Llegó á su casa con dificultad. Subió apresuradamente la escalera, entró en su cuarto, tendióse en la cama y se echó á llorar.

CÁRLOS MALAGARRIGA

EL AMOR QUE ASESINA

TRADICION MADRILEÑA

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

I

Era don Pedro Nuñez de Gurrea un caballero rico que, por su grande hacienda, no tenia para qué pensar en las necesidades de la vida, ántes bien estaba tan harto de los goces que el dinero facilita, que no habia cosa que le contentase.

Aunque ya pasaba de los treinta y cinco años, se mantenia soltero.

No habia habido mujer que le aprisionara en sus redes ni por hermosa ni por astuta.

Solia decir que escarmentaba en la cabeza de nuestro padre Adan á quien, no pudiendo engañar Eva con otro hombre, por no haberlo en el Paraíso, le engañó con el diablo.

Pero de este horror que tenia al matrimonio no debe deducirse que tuviese tambien horror á las mujeres.

Por el contrario, no habia una de quien no se aficionase, aunque fuese pobre, fea y vieja; porque él pensaba que no habia hembra que no tuviese alguna cosa de grande estima, y que estas cosas no se debian desaprovechar.

Además de esto, añadia que en la variedad estaba el gusto, y que no se podia variar mejor que yéndose de una niña á una vieja y de una hermosa á una fea.

Gustábale, por otra parte, consentir á una pobre mujer á quien, por su poco ó ningun valer, nadie habia solicitado, encariñarla y abandonarla luégo, gozándose en su desesperacion.

Y áun hasta de hacer daño se aburria, porque se habia hartado de ver llorar y de oir maldecir á mujeres por él enamoradas y luégo dejadas, y de que por él se ahorcasen ó se tirasen á un pozo ó se volviesen locas.

Como se ve, don Pedro Nuñez de Gurrea era un hombre malo que, ni áun comiendo las entrañas palpitantes de sus víctimas, ni bebiendo las amargas y ardientes lágrimas de su corazon, podia satisfacer la voracidad de fiera de su alma.

II

Habíale favorecido Dios con una grande hermosura.

Era alto, robusto, gallardo, bien plantado, blanco y rubio, con los ojos negros, grandes, ardientes y dulces, que parecian los de un ángel; y como era faustoso y galan, y vestia terciopelos y brocados, y se prendia con cadenas y alhajas de mucho precio, y lazos y plumas, y mudaba tres ó cuatro trajes al dia y á cual más rico, y no salia al Prado sino en gran carroza ó en algun soberbio caballo y siempre con gran compañía de escuderos y pajes tan engalanados como él, que las galas que el señor costea á sus criados son como si él las usara, tras él seiban las miradas codiciosas de las mujeres, y las envidiosas de los hombres, y crecia el número de las seducidas y burladas, y el de los que, por su honra comprometida ó perdida por su mujer, su hija ó su hermana, tenian lances con el don Pedro, de los que escapaban, sino muertos, mal heridos, estropeados y escarmentados para no volverse á poner en su vida delante de aquel tirano, que de la misma manera que con el amor perdia y estropeaba ó acaso mataba á sus sencillas y candorosas víctimas, con la espada vencia á los hombres que por mujeres lo buscaban ofendidos.

III

A tanto llegó el aburrimiento de don Pedro por ver que para él no habia cosa que no fuese fácil, que agonizó de mil muertes, haciéndosele un tormento insoportable la vida.

En vez de huir de él las mujeres espantadas por su perversa fama, más y más le estimaban y más y más le buscaban, y en cuanto á su hacienda, tanto más él la despilfarraba tanto más y más crecia; que en las casas de juego el oro y las joyas ricas se le venian al bolsillo, y llovian sobre él cuantiosas herencias de parientes á quienes no habia conocido ni sabia existiesen, y sus administradores en vez de disminuirle con sus robos las rentas, trabajando celosos por él se las aumentaban; y de tal manera para él se habia emborrachado la fortuna, que en una ocasion en que por satisfacer un capricho de una dama compró un casuquillo en las eras de Fuencarral con un huertecillo, al hacer obra en la casa para ponerla habitable y convertirla en ameno lugar de recreo, los albañiles, estando él delante, se encontraron en un hueco un innumerable tesoro en moneda arábiga antigua de oro cendrado, que por sus fechas databan de la época en que Alfonso VI con el Cid ganó el reino de Toledo, y un número grandísimo de alhajas tambien moriscas, cada una de las cuales valia por sí sola una fortuna.

Las riquezas llovian como un castigo sobre don Pedro, y le abrumaban.

Se vió, en fin, tan apretado por sus tristezas, que para buscar remedio á ellas se fué á pedir consejo á su confesor (que aunque él era tan malo, confesor tenia y todos los sábados se confesaba y todos los domingos comulgaba); y este santo varon, que se llamaba don Juan Jimenez de Góngora, vió el cielo abierto cuando conoció cuán cansado de la vida, cuán atribulado y cuán desesperado é inapetente de todo se le mostraba su hijo de confesion.

Oyóle con suma gravedad, se quedó en silencio y reflexionando por un largo espacio, cuando don Pedro acabó el cuento de sus fatigas, al fin le dijo:

—Sabida cosa es que las riquezas causan ociosidad y que de ésta nacen los vicios que hartan el alma de lacería causando al mismo tiempo la irritacion y el estragamiento del cuerpo que no se contenta de otra cosa que de la satisfaccion de los sentidos.

Y de aquí tomando pié el clérigo, predicó á su penitente un largo sermon con muchos textos en latin, todo encaminado á demostrarle que el mayor enemigo del hombre, por los desórdenes á que le llevaba, era el dinero.

Oyóle atentamente don Pedro, y como lo único que no habia probado era la pobreza, tentaciones le entraron de saber lo que era vivir sin más rentas que el dia y la noche, sin casa ni hogar, obligado á buscar el sustento de cada dia y el refugio de cada noche.

Empujóle el clérigo, viendo su buen propósito, diciéndole que él fundaba por entónces, que eran los años de 1663, un convento de monjas Mercenarias, en la plazuela del duque de Frias, manzana 321, número 1; y que aunque el rey don Felipe IV habia dado para ello algunos miles de maravedises á los que se habian agregado muchas limosnas de fieles, lo que se habia tomado con mucho ardor en el principio al poco tiempo se habia enfriado, de tal manera, que hacia dos años que aquella obra pía estaba parada, sin haberse podido hacer en ella más que á medias los cimientos, con gran quebranto de las religiosas que estaban metidas en un cuchitril, sirviéndolas de iglesia un aposentillo mezquino, y sin esperanza de ir á mejor vivienda hasta que se muriesen y por premio de la paciencia que habian tenido las diese Dios habitacion en el reino de los cielos.

IV

Estaba don Pedro entónces en uno de sus mayores aburrimientos.

Así es que apénas acabó su sermon don Juan Jimenez, le dijo:

—Bien me parece á mí que con lo que yo tengo se puede hacer en seis meses y de ricos mármoles, no ya convento para humildes religiosas, sino soberbio palacio que no se desdeñara de habitar el mismísimo gran Tamorlan de Persia: así, pues, á casa de un escribano nos vamos ahora mismo, padre Góngora, y allí otorgaremos escritura de cómo yo hago donacion *intervivos* de todo lo que tengo, ménos de dos trajes y de alguna ropa blanca con que mudarme, y de una espada, un broquel y una daga para defenderme, para la fundacion de ese convento, y para renta de que holgadamente vivan las buenas madres: que si de esta manera me curo del hastío y de la inapetencia de todo que me atormentan, noramala vayan mis riquezas y nunca más vuelvan.

V

No lo dejó para más tarde el padre Góngora, y de tal manera se hizo, que aquel mismo dia tomó posesion por las monjas de todo lo que por su donacion habia dejado de ser de don Pedro Nuñez de Gurrea, y éste no tardó mucho tiempo en arrepentirse de haber tomado el consejo de su confesor, porque habiendo de recogerse aquella noche, que era fria y lluviosa, se encontró sin casa; y si la tuviera y todas sus riquezas, no hubiera sentido apetito de cenar; pero ya mondado y pobre como el más pelon, le entró un apetito tal de casa, cena y cama, como no lo habia tenido por nada en todos los dias de su vida.

Fuése, pues, casa de un grande amigo suyo, donde esperaba cenar y dormir, y el amigo, que placenteramente le habia recibido, cuando supo que por su donacion no tenia sobre qué caerse muerto, demudó el semblante, le respondió frio, se disculpó de mala manera diciendo que en su casa, por temor á murmuraciones y por ser su mujer jóven y agraciada, nunca habia habido huéspedes, y dió, en fin, con muy pocas ó ningunas excusas, con la puerta en las narices al mismo á quien, no sabiendo su pobreza, habia recibido poco ménos que con palio.

En resolucion, desde que se quedó pobre no encontró don Pedro más que ingratitudes, desprecio é injurias, áun del mismo padre Góngora, al que habiendo recurrido para que de su donacion se le restituyese alguna parte con que poder vivir modestamente, le dijo que su conciencia no le consentia tocar á un solo maravedí de la hacienda de las religiosas, y que diese gracias á Dios porque le ponia en la necesidad de trabajar para sustentarse, y con la pobreza le libertaba de vicios en que perdiese á un tiempo su cuerpo y su alma.

VI

Revolviósele toda la ira, que tenia en el cuerpo, á don Pedro, improperó al padre Góngora, salió á la defensa un maton, que era sobrino del ama del cura, y viniendo á las pocas palabras á las espadas, don Pedro le partió la cabeza en dos de un tremebundo tajo á su contrario, y tomando la fuga, porque acudian alguaciles, se fué al cuartel de la Guardia española, y en él tomó lo que se llamaba *inmunidad de banderas;* se hicieron informaciones, se probó que la muerte habia sido hecha en riña leal, de solo á solo sin traicion ni ventaja, y don Pedro fué quito de toda pena con tal de que sirviera un número de años como soldado en la Guardia española ó allí donde el rey le mandase.

Hé aquí cómo llegó á vivir, á la manera de otro pobre cualquiera, el que por exceso de riquezas habia llegado á aborrecerlas, y sólo despues de perdidas las habia estimado.

VII

Ocurriósele el pensamiento más criminal y más horrendo á los ojos de Dios en que podia dar un católico.

Y fué que viendo que dos docenas de monjas vivian á cuerpo de rey, y con lo que habia sido suyo, en un palacio, pensó en cobrarse como pudiera no teniendo de allí en adelante amores más que con monjas ó lo que es lo mismo y más fácil, con doncellas que estuviesen destinadas á ser esposas de Dios.

Como si le hubiera atraido su perdido caudal, íbase á la plazuela del duque de Frias, donde dos años despues de su donacion y á causa de ella se habia alzado el convento de Mercenarias de Góngora, y exclamando de tiempo en tiempo entre un hondo suspiro: «¡Ay de mi dinero!» se entretenia en la iglesia mirando al coro; pero no veia más que fantasmas negras que allá en las lobregueces del otro lado de la verja aparecian como hundidas en tumbas entreabiertas en las ricas sillas de nogal tallado, que con su donacion se habian hecho, y si no veia nada que amable fuese, nada oia tampoco que deleitase, sino un canto gangoso y cansado, que salmodiaba vísperas y parecia poco ménos desapacible que la *campana de espantaperros.*

Y sin embargo, don Pedro acudia allí tenazmente á vísperas, como si le hubiese llamado su síno.

VIII

Si triste vida habia llevado siendo rico don Pedro, en la pobreza la llevaba más triste todavía

Y era que tenia la tristeza en el alma y nada podia contentarle, tal vez porque lo que él necesitaba para que su vida no fuese un tormento, no existia en el mundo, ó, por lo ménos, era tan raro que venia á ser lo mismo que si no existiese.

(Continuará)

ENTRE LAS OLAS

(Continuacion)

»¿Comprendes tan horrible disyuntiva?

»No me importaria la miseria en que me sumiria la declaracion de mi ilegitimidad, ni mi deshonra; tú me protegerias y me consolarias; pero, la que me ha llevado en sus entrañas, la que me ha mecido en la cuna con tan tierna solicitud, esa pobre Magdalena arrepentida, que ha purgado su falta con tantas lágrimas y con tanto arrepentimiento, seria evocada de su féretro y marcada de infamia en un proceso escandaloso.

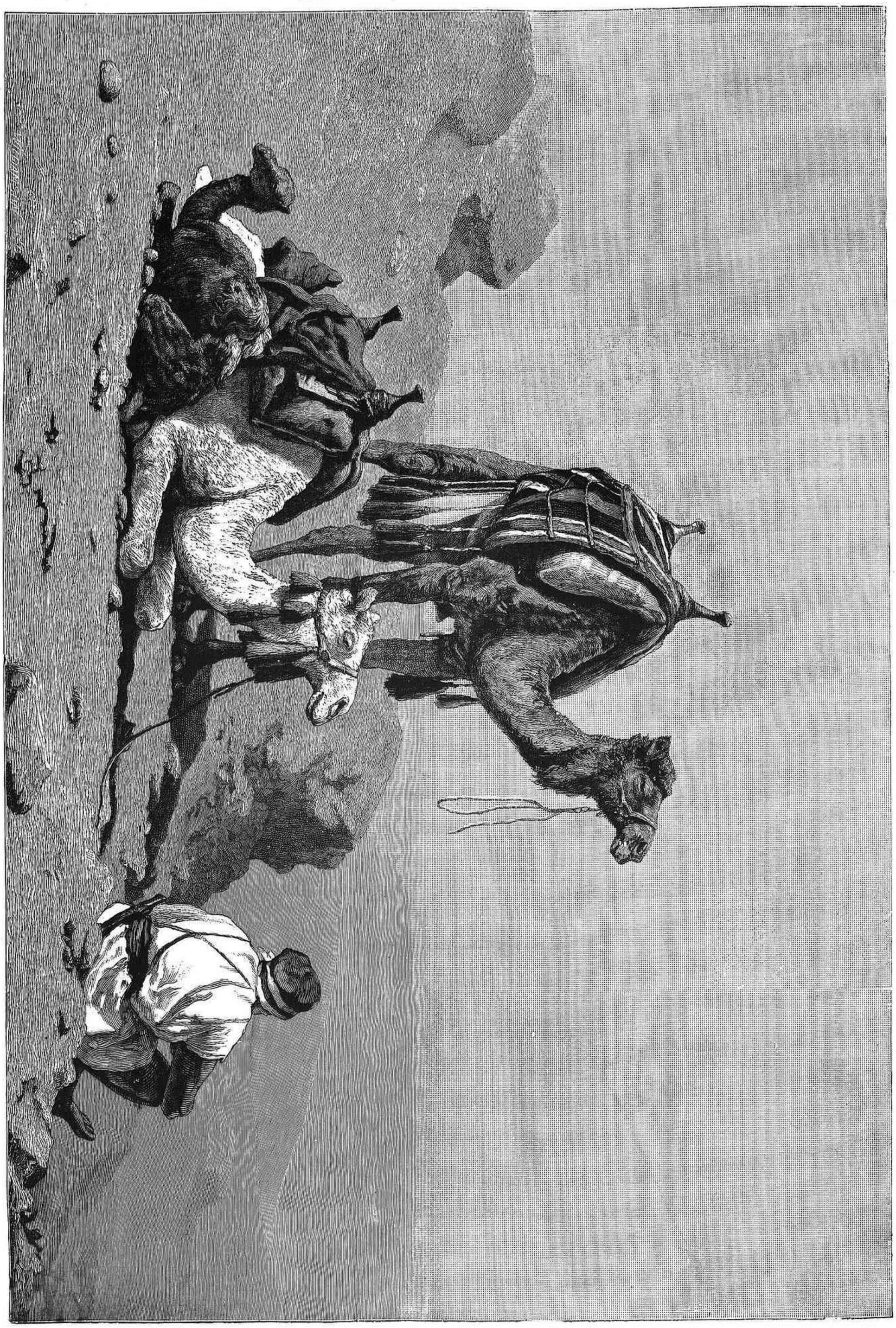
»¿No es verdad, Eduardo, que si tal consintiera cometeria una accion abominable? Tú mismo me despreciarias ¡No, yo debo sacrificarme ántes que hollar la tumba de mi madre!

»He consentido, ¿qué habia de hacer? Seré esposa de mi tutor; sólo abrigo la esperanza de que ántes de que vengan las dispensas necesarias, habré dejado de existir. Despues de muerta él no tendrá interés en deshonrar la memoria de dos pobres mujeres.

»Mañana salimos para Andalucía. Pasaremos la primavera en Sevilla y el verano en Cádiz. Mi tutor, sin duda, me aleja de Madrid para evitar los comentarios que el matrimonio con su sobrina y pupila pueden originar. Los preparativos del viaje me han permitido eludir su vigilancia para escribirte.

»¡Adios, Eduardo de mi alma, adios! Esta palabra terrible me parte el corazon; empapo el papel con mis lágri-

(c) Ministerio de Cultura 2006



DESCANSO EN EL DESIERTO, cuadro por Rodolfo Huber

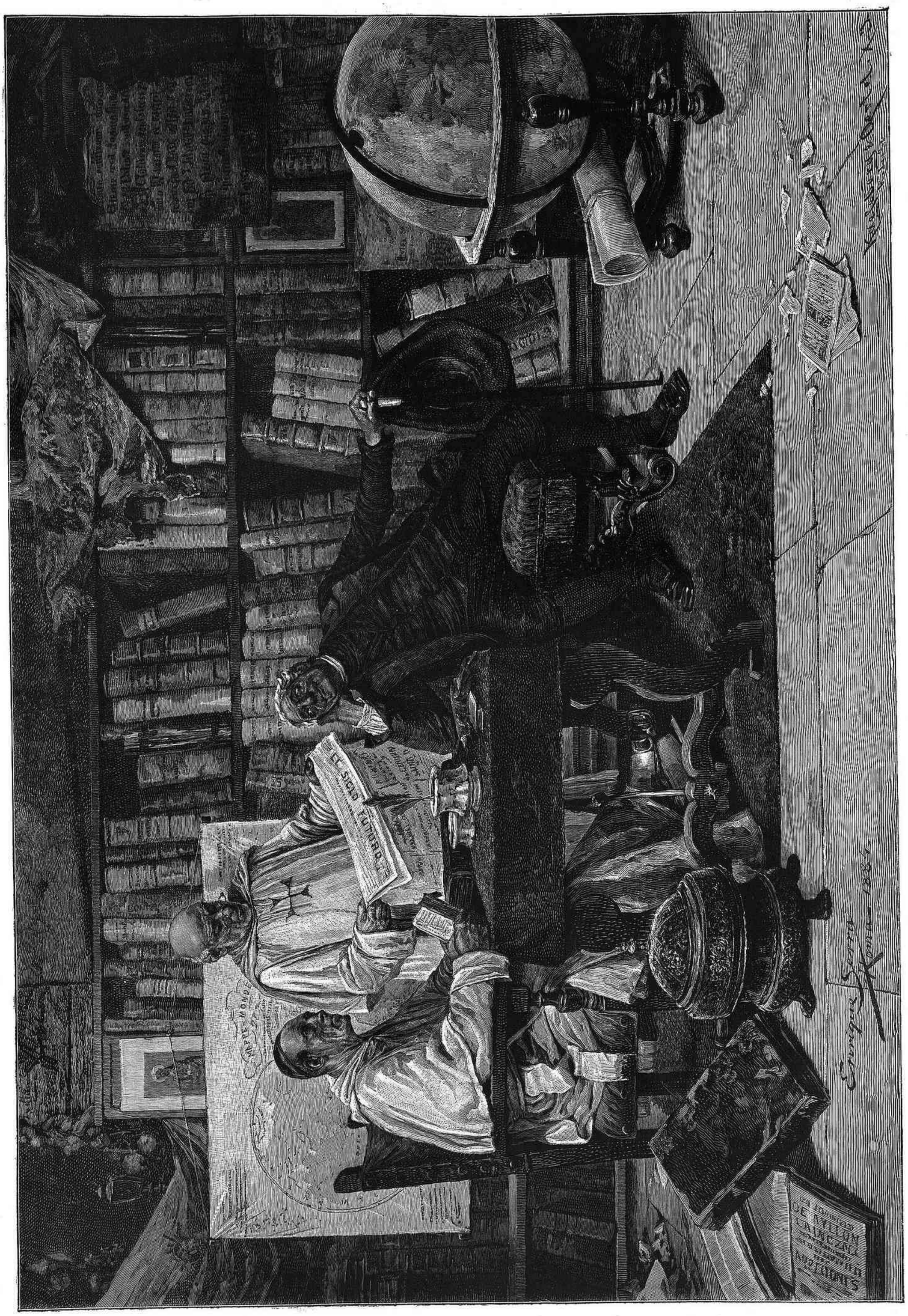
(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

DISTRIBUCION DE DOTES Á LAS DONCELLAS POBRES EN PREMIO DE LA VIRTUD, EN EL PALACIO BORGHESE, EN ROMA, CUADRO POR L. ALVAREZ

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



ARTÍCULO DE FONDO, copia de un celebrado cuadro de Enrique Serra, grabado por Kaeseberg y Oertel

(c) Ministerio de Cultura 2006

mas... mi mano tiembla, y no obstante, aún me resta que decirte: ¡te amo, siempre te amaré!.—*Rosalía.*»

Renunciamos á expresar la desesperacion de Eduardo al leer la carta; pero el jóven era enérgico y pronto se repuso. Alzó la cabeza como en señal de desafío contra la muerte y se sentó á escribir.

Pero no escribió á su amada, ni al marqués de Sandoval; hizo la solicitud pidiendo ser dado de baja en la escala de su cuerpo. No tenia ya ambicion, ni estímulo, ni nada; sólo deseaba libertad.

V

Segun lo proyectado, á principios de julio, el banquero y su pupila se trasladaron desde Sevilla á Cádiz.

Aún no habian llegado de Roma las complicadas dispensas que exigia su íntimo parentesco.

La familia de Sandoval era oriunda de Cádiz, y por este motivo, y porque la guerra carlista habia alejado del Norte á los bañistas, el marqués determinó pasar en aquella ciudad el estío.

Pocos dias despues de su instalacion en ella, un marinero inválido, que habia servido en el apostadero de la Habana, solicitó del director de los baños de la Caleta una plaza de bañero. Segun decia, sus achaques le impedian volver á Cuba. No pudo dársele colocacion inmediatamente porque el personal era muy numeroso y estaba completo, pero se le indicó que aguardase á una vacante, permitiéndole entre tanto ganarse la vida prestando servicios *extraoficiales* á los bañistas.

Con permiso de la autoridad local, compuso y rehizo una lancha desmantelada que habia en la estacion balnearia, con la cual paseaba durante las horas en que acudia ménos gente á bañarse; pero por la tarde, que era cuando más especialmente se bañaban las señoras, se situaba á la entrada del balneario solicitando una limosna á cambio de conchas, mariscos petrificados y otras rarezas del mar. Hablaba contadas palabras, lo cual fué causa de que le pusiesen el mote de *Tio Cazurro.*

A primera vista, el pobre mendigo, miserablemente vestido con una blusa remendada, cubierta la cabeza con un pañuelo por bajo del cual asomaban algunos mechones grises, tapado el ojo izquierdo con una venda (porque era tuerto y segun él la cuenca de su ojo vacío ofrecia un aspecto repugnante), representaba un viejo estropeado; pero cuando, muy raras veces, hallándose solo, alzaba la vista, brillaba en sus pupilas un fuego enteramente juvenil.

Una tarde en que Rosalía fué al baño, sólo acompañada de una camarera, especie de aya y señora de compañía, de toda la confianza de su tio, se encontró por vez primera al *Tio Cazurro*, que la ofreció una concha, horadada por el centro, diciéndola:

—Tome V., señorita, esta es una sortija de una sirena:

Al oir aquella voz Rosalía se estremeció.

Tomó la concha, y cuando se habia alejado algunos pasos del mendigo, recordó que no le habia dado nada é hizo volver á la camarera á llevarle una moneda de plata. Entre tanto miró la concha con detencion, notando que dentro habia un papel.

Aquella noche, en el baño, estuvo distraida y meditabunda.

Cuando en la soledad de su aposento pudo leer el papel, encerrado en la concha, á duras penas consiguió reprimir sus sollozos.

El papel decia así:

«No, Rosalía, no: si me amas tanto como dices, no se llevará á cabo esa odiosa union. ¡Acuérdate de tus juramentos! No debes pertenecer á nadie mas que á mí ó... á la muerte. Si es preciso, muere; y si Dios reprueba esta especie de suicidio, caiga su castigo sobre mí. Tú me has dado hasta el derecho de exigirte que muramos juntos. He sabido que tu impío matrimonio no tardaria en verificarse; cuando definitivamente se señale el dia, la víspera vé al baño, llevando un cordon de seda liado á la cintura, y á favor de la oscuridad de la noche, pues la luna está en su último cuarto, aléjate de la playa cuanto puedas. Allí estaré yo.

»De todos modos tú eres mi desposada, y si es preciso, el mar será nuestro lecho nupcial.

»No dudo de tí; te espero; eres mia, y no nos separaremos en la vida ó en la eternidad.—*Eduardo.*»

Rosalía no tenia á nadie con quien desahogar su corazon para disminuir su pena, bien así como la evaporacion atenúa la actividad de los venenos; pues era demasiado altanera para confiar sus secretos á oidos, aunque fieles, mercenarios.

Estaba sola con sus luchas, con sus penas, con sus dudas, porque rígidamente educada, fervorosamente cristiana, la causaba horror la idea del suicidio, y lo era casi lo que Eduardo la proponia.

Sostuvo, pues, un violento combate entre dos espantosos terrores. Por un lado el castigo eterno despues de la muerte, por otro una cosa más horrenda que la muerte; su matrimonio que la obligaba á ser como una presa viva y palpitante de un vampiro.

Por último, el horror de su profanacion inminente, pues ella consideraba su enlace como una profanacion, se unió á la ciega pasion sentida por Eduardo, para pervertir su pensamiento en lo concerniente á sus creencias religiosas, y se aventuró por completo á la vertiginosa tentacion de terminar sus penas ó sacrificándose por y con su amante ó salvándose milagrosamente con él.

Las dispensas habian ya llegado de Roma y se acordó el dia del enlace del marqués y su sobrina.

La antevíspera, esta fué al baño, y al pasar junto al viejo marinero, que estaba en su sitio de costumbre, se detuvo á darle una limosna y le dijo en voz casi imperceptible:

¡Mañana!

VI

Rosalía fué tarde al baño al dia siguiente.

Las bañistas rezagadas, que eran pocas, viéndola persignarse, como tenia de costumbre, ántes de lanzarse al agua, advirtiéronla que habia mar gruesa; pero la jóven no las oyó ó no quiso oirlas.

Dejó la playa, se internó en el mar y pronto fué envuelta por la sombra de la noche y por los pliegues del oleaje.

Nadó algunas brazas con más dificultad que otras veces, no por el estado del mar, sino porque parecia que la accion del pensamiento entorpecia en ella la accion material. La incertidumbre, la esperanza, sus escrúpulos religiosos, las visiones de la ola en la sombra, los espejismos que produce el agua, tomando, no se sabe de dónde, una luz desconocida, producíanla mareos extraños. Cada vez se sentia más pesada, como si una fuerza oculta la atrajese hácia el abismo; apénas podia alzar la cabeza para tratar de distinguir al salvador probable en la oscuridad.

En vez del eterno frio del agua, sentia calor febril; sus manos y sus piés se crispaban en calambres convulsivos.

Nadaba cada vez más lentamente; el vértigo se apoderó de ella; en el átomo de pensamiento que aún le quedaba, surgió la idea de un castigo providencial; parecióla que el mar ya no la sostenia, creyó no ver ni sentir ya el agua, y sí un espacio vacío é inmenso en donde debia caer precipitada.

Inclinó la cabeza, cerró los ojos y esperó la caida.

Súbito sintió una presion en su cintura, como de una mano vigorosa que la asía por el cordon de seda que llevaba arrollado al cuerpo; en su delirio acogió, inversamente de la verdad, la idea de que el demonio del suicidio se apoderaba de ella para llevarla, á través de las olas, á á la sima infernal; pero en seguida la esperanza vino á devolverla la razon casi extinguida.

Eduardo estaba allí.

—Une tus esfuerzos á los mios,—la dijo;—es preciso atravesar la corriente...

Debemos hacer una aclaracion para explicar la terrible escena siguiente; el prodigio inaudito que eternamente guardarán esas dos esfinges de la sombra y del mar.

Eduardo, bajo el disfraz de *Tio Cazurro*, habia pesado todos los inconvenientes y calculado todos los medios de salvacion en la extraña empresa que se proponia llevar á cabo. El buen éxito se basaba en la barca de que disponia, pues en ella debian refugiarse ambos amantes al dejar la playa; la dificultad consistia en encontrar un sitio cercano en donde amarrar aquella. Cerca de los muelles era imposible, porque pronto hubiera sido descubierta y alcanzada; hácia el lado de la estacion balnearia, ménos, pues á la misma contingencia se unian la del poco fondo, que podia hacerla embarrancar, y la de que no habia medio de agarrar un ancla á la arena casi líquida de la playa.

El jóven marino no encontró más que un sitio. Por el suelto de *La Correspondencia de España* sabemos que á media legua de la costa hay un pequeño grupo de rocas, lleno de malezas y filamentos, que ofrecia un abrigo seguro, y allí, por no encontrar otro lugar á propósito, amarró Eduardo su frágil embarcacion, sujetándola con un cable y un ancla que no llegaba al fondo del mar. Pero mediaba un obstáculo, casi insuperable, que vencer.

Entre la playa de los baños y el grupo de rocas, hay una corriente impetuosa de mar, que algunos llaman *Canal de la Caleta*. Tiene una milla de ancho y cerca de cuatro á lo largo, hasta desembocar en aquel, casi con la fuerza de un rio caudaloso al llegar á la barra.

Era preciso pues que los dos amantes atravesasen el canal para llegar á la barca, empresa siempre difícil, pero más aquella noche, en que la mar, muy picada, aumentaba la violencia de la corriente. Esperando hasta el último momento un obstáculo providencial que impidiese el odioso enlace del banquero y su sobrina, no pudieron los dos amantes elegir noche á propósito; resueltos como estaban á unirse en vida ó en muerte, hubieran intentado su empresa, áun en medio de la más violenta borrasca. Además, Rosalía fué tarde al baño, esperando á que cayera la sombra nocturna y este retardo tuvo el inconveniente de que el reflujo aumentara la agitacion del mar.

Por fin se hallaban juntos.

—Une tus esfuerzos á los mios—habia dicho Eduardo, pero esta excitacion fué casi inútil, porque la infeliz estaba á punto de desfallecer de emocion y de cansancio. Vióse obligado á sostenerla, nadando sólo con los miembros inferiores y con un solo brazo.

Habia contado con su destreza en la natacion y con la de su adorada; creyó posible atravesar el canal á lo ancho y ganar la barca, pero no pudo prever el desmayo de Rosalía.

Entraron en la corriente del canal; era preciso; pero como la pobre desmayada no nadaba, flotaba merced al brazo que la sostenia; como él habia perdido muchas fuerzas atravesando ántes el canal, á pesar de sus alientos hercúleos, derivaba hácia la derecha en vez de dirigirse al lado contrario.

Nadaba convulsivamente. Su mano izquierda asida al cinturon de Rosalía, se aflojaba entumecida; la sombra del Erebo que le rodeaba tomaba tintas sanguinolentas; su bien amada iba á perecer.

En este instante, el cuerpo inerte que sostenia, se estremeció débilmente: Rosalía volvia en sí.

—¡Animo, amada mia!—la dijo—si no dominas tu debilidad, estamos perdidos.

Estas palabras obraron en la pobre jóven una reaccion maravillosa. No pensó en su salvacion, sino en la de su amado, que en parte dependia de ella; el resorte imprevisto de que están dotadas las organizaciones nerviosas, vigorizó todo su sér. Desde entónces ella fué casi la que sostuvo á Eduardo, estenuado de fatiga.

Este cambio prodigioso sobrexcitó la energía de ambos; á fuerza de brazadas gigantescas traspusieron la mitad del canal; pero por una especie de fatalidad inteligente y adversa, el mar crecia cada vez más. El reflujo impelia el agua hácia afuera, el sureste que se levantó casi instantáneamente la rozaba en sentido contrario, de modo que las olas, ó mejor dicho, una ola colosal, se desarrollaba desde la barra, llamémosla así, á los muros ciclópeos del muelle.

Para colmo de desgracia, un nublado espeso habia velado hasta la tenue luz de las estrellas. Desorientado por aquel vaiven incesante, en medio de aquella oscuridad absoluta ¿cómo podria Eduardo encontrar su barca?

No habia salvacion posible.

Aquellos dos cuerpos desfallecidos vagaban al impulso de las aguas. Rosalía, cediendo á un cansancio invencible, cesó de nadar; sus piés, entumecidos, se enredaron en los mojados pliegues de su vestido.

—Sube á mi espalda,—dijo Eduardo.

—Es inútil—le contestó.—Dios no quiere que sea feliz contigo. Tú solo puedes salvarte. Déjame, pero... no me olvides.

Él prorumpió en una delirante carcajada; asióla en sus brazos, nadando sólo con los piés.

—Tu suerte es la mia,—exclamó,—nuestra union se cumple. ¿Qué más magnífico tálamo nupcial?—y juntó su boca á la de su amante.

La ola gigantesca, cogiéndolos en el vértice de su lomo, elevólos hácia el cielo invisible, para hundirlos en la abertura del abismo de las aguas. En este descenso, el hombro izquierdo de Eduardo chocó con un cuerpo duro, produciéndole un sobresalto de cadáver galvanizado. En aquel mareo un rayo de luz iluminó su razon. Separando una de sus manos del cuerpo de Rosalía, palpó tembloroso, y halló una cosa dura y áspera que oscilaba.

Lanzó un grito, más bien rugido de alegría; estaba asido al cable de que pendia el ancla que sujetaba su barca. Recobrando con la esperanza toda su inteligencia, fuerza y destreza, dió un vigoroso empuje elevándose sobre el agua y tocó la borda de la frágil embarcacion. Con aquel punto de apoyo, vió á su amada y ambos cayeron sobre la dura tabla, rendidos de fatiga. Desde entónces, parecia que el mar, habiéndosele escapado su presa, calmaba el tumulto de sus aguas. La barca, que estaba fuera de la corriente del canal y sólidamente amarrada á la roca, resistió al oleaje.

A poco cesó el viento casi por completo.

Un momento de reposo bastó para reponer las fuerzas de Eduardo y devolverle la lucidez de su juicio.

Rosalía habia vuelto en sí, pero tendida en la cubierta tiritaba de frio; su amante la arropó con unas zaleas guardadas en el fondo del barco.

VII

Eduardo, pensando en su extraña situacion, fluctuaba entre dos ideas opuestas.

Era peligroso aventurarse en el mar, picado todavía, de noche; pero lo era aún más esperar al dia, pues indudablemente habrian salido exploradores en su busca.

¿Qué hacer?

Su mirada erraba en todas direcciones, como interrogando á la noche y al abismo. Súbito, un pálido reflejo atravesó la densa oscuridad.

La luz se hizo más fuerte; tenia el foco pequeño, pero vivo, de un diamante.

Eduardo se fijó en él con ansiedad. A poco, su vista, acostumbrada á las perspectivas del mar, se orientó completamente; aquella luz provenia del farol de proa de un buque de gran porte. Su negra silueta se confundia con el oleaje, y la luz que parecia estar sola en el vacío, se asemejaba al ojo del gigante cíclope de las aguas que recorria sus líquidos dominios.

Segun la direccion el buque salia del puerto de Cádiz; pero su gran porte hacia suponer que no venia en busca de la jóven ahogada. Debia pasar por frente y no muy léjos del grupo de rocas. El marino entónces tomó una decision. Cargó la vela de la barca que estaba recogida, desató el cable del ancla, que se hundió en el mar, y desamarrando los cabos atados á las gruesas malezas, apoyó un remo en las peñas, con un vigoroso impulso separó de estas la embarcacion, y se puso al largo.

Ganó el barlovento al buque que se acercaba. No pudiendo hacer señales, que no serian percibidas, gritó incesantemente con toda la fuerza de sus pulmones.

Rosalía se incorporó sobresaltada.

—¿Qué es esto?—preguntó, despejando su frente de los húmedos mechones de cabello que la cubrian.

—Esto—dijo él, estrechándola amorosamente á su pecho—es el amor en la libertad.

Las voces fueron oidas; la fragata mercante norte americana, *Washington*, dió asilo á los amantes.

Eduardo habia conocido en Filadelfia al capitan del buque y le declaró la verdad.

Dos meses despues, los dos jóvenes se casaron, con nombres supuestos, en la blanca y marmórea catedral que

(c) Ministerio de Cultura 2006

es una de las maravillas de Nueva York.

Eduardo renunció al mar, y haciendo valer sus nada vulgares conocimientos astronómicos, ingresó, como primer auxiliar, en el observatorio.

Cuando en las serenas noches, ambos esposos, sentados en el terrado de su linda casita, hablaban de amor y á veces contemplaban el cielo, Eduardo solia decir:

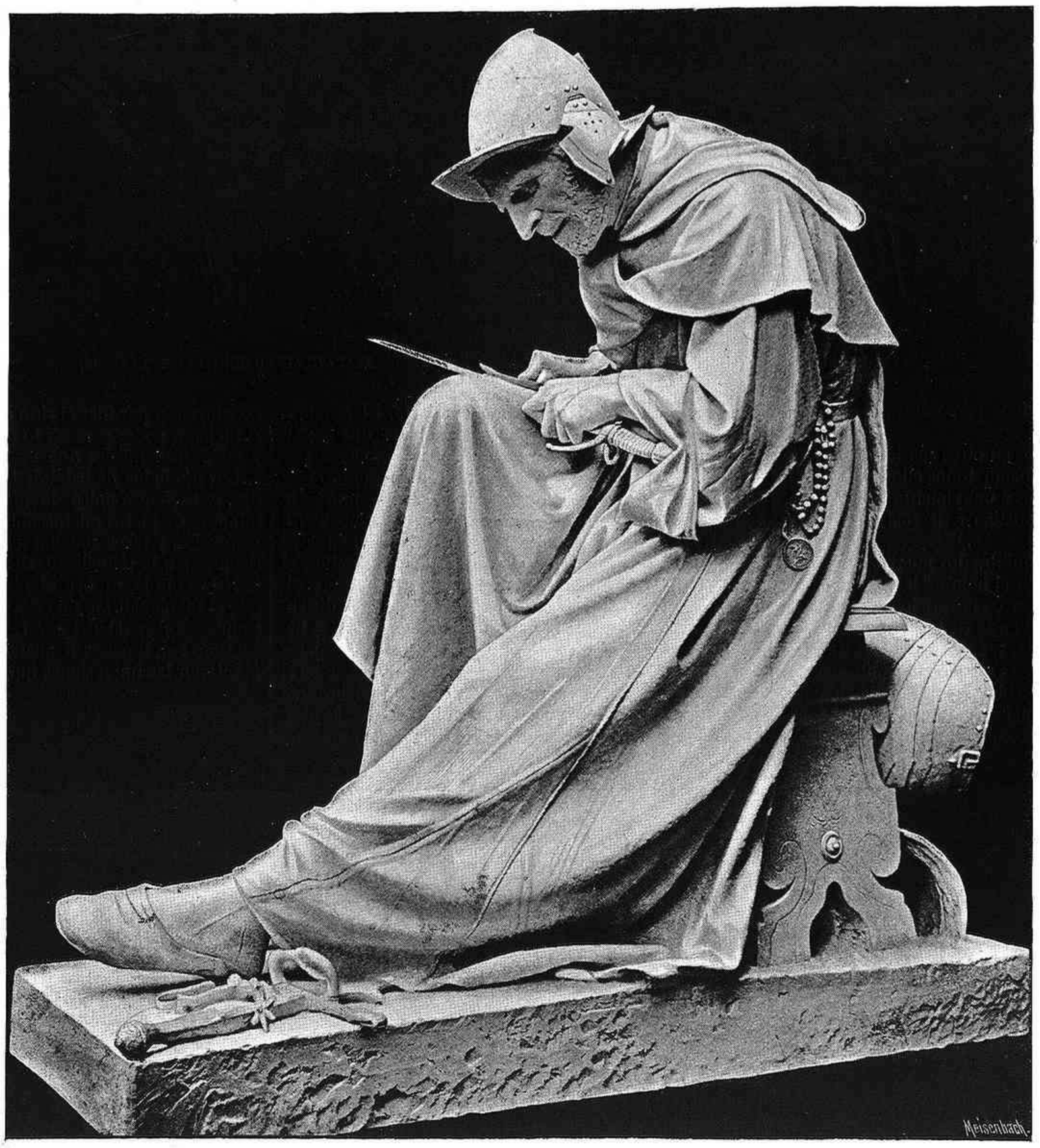
—Mi digno jefe y director, el sabio mister Cokley, pretende conocer todas las estrellas hasta ahora descubiertas; pero aún no ha visto la estrella *Rosalía.*

VIII

¿Y el marqués de Sandoval?

Aún vive, pero está paralítico del cuerpo y atónico del entendimiento. No sale de su hotel. Alguna vez, en los dias buenos, su ayuda de cámara, que es el único que le quiere, le pasea por el jardin en un carro de mano.

R. TRILLO DE MERELO



FRAY FANFULLA, escultura por Lodi, reproduccion fotográfica por el método Meisenbach

LA SENSIBILIDAD

Y LOS SENTIDOS

I

Consideraciones generales

Se dice con frecuencia que es la naturaleza humana un abismo insondable. Parece hecha la frase para ser aplicada á la sensibilidad.

La variedad de sus matices, sus múltiples aspectos, las paradojas á que da vida, el movible horizonte de sus concupiscencias, lo sublime de sus grandezas, lo vil de sus miserias, todo, todo hace de la sensiblidad algo gráfico, plástico, real y vivo, que termina, si no se refrena, en el vendabal que arrolla cuanto se le pone delante ó en la fugitiva cruz en el agua, que no bien se hace desaparece.

Allá en los profundos é inescrutables limbos de la sensibilidad inconsciente está la region de las sombras y de la penumbra. En ella confunde el hombre su naturaleza con la de los animales, obedeciendo únicamente al estímulo del instinto.

Ascendiendo un poco en esta escala, la sensibilidad se emancipa de los acicates de la concupiscencia y empieza á sustituir los apetitos del egoismo con los sentimientos llamados por los ingleses *altroistas.* Son los venturosos mensajeros, que anuncian el inefable afecto de la caridad, con cuya virtud redentora la racionalidad que se inicia disipa la animalidad que se oscurece.

Subiendo aún más en la consideracion de las manifestaciones del sér sensible, se observa su esplendorosa accion en las sublimes é inspiradas bellezas del arte, en las rítmicas armonías del mundo moral y en el semi-divino deliquio del místico, que anhela, cual Prometeo encadenado, romper las ligaduras de la carne para identificarse con su ideal, más hermoso cuanto ménos realizable.

¡Qué escala tan prolongada la de la sensibilidad humana! Desde el vagido del feto en la vida intra-uterina hasta la oda religiosa del poeta místico existe una cadena indefinida, cuyos misteriosos eslabones engarza la ruda labor que exige la lucha por la existencia.

Representa la sensibilidad humana el símbolo plástico, real y vivo de aquella escala soñada por Jacob y formada por ángeles, que ponian en comunicacion el cielo con la tierra. Con un horizonte tan incomensurable, con manifestaciones de índole tan opuesta, con una realidad tan nutrida de lo más íntimo del sér sensible ¿cómo no ha de formar relieve la paradoja viva y la contradiccion perenne de las concupiscencias de la animalidad con los afectos humanos, con las pasiones viriles, con los nobles arrebatos del héroe y las sublimes resignaciones del santo? Proteo incansable, la sensibilidad humana, como la escala musical, tiene sus notas agudas y sus tonos graves; hija de la tierra sueña con un ideal celeste y en los sublimes arrobamientos de que se ve poseida, encuentra horas de hastío y cansancio, cayendo del cielo de la racionalidad á lo terrenal é instintivo. Ya lo presentia la antigüedad clásica, cuando á la personificacion del valor heróico en Aquiles, le asignaba un *talon* ó punto flaco, en el cual podia ser herido. Más gráficamente aún expresa esta flaca é inestable condicion el Evangelio cuando dice que el más justo peca siete veces al dia.

No es, no, la sensibilidad una entre otras de las muchas cualidades que integran la naturaleza del hombre. Por su amplia generalidad, por su incesante accion é influjo, la sensibilidad, fisiológica y espiritualmente considerada, es el alfa y la omega del alfabeto de la realidad, la base y el vértice de esta gran pirámide que llamamos la existencia humana.

Los presentimientos de los pensadores, las inspiraciones del genio y la inagotable expansion del místico han coincidido con las deducciones de la observacion científica. Si los místicos, enamorados de su ideal, llegan con nuestra Santa Teresa á declarar que «todo está en el corazon,» poetas del alto vuelo de Gœthe elevan, como él dice, la pirámide de su existencia, gustando la diversidad de matices de los afectos humanos y tomando de ellos el material de su inspiracion, á la vez que pensadores del fuste de Schleiermacher y Jacobi hacen del sentimiento el principio fundamental de sus concepciones filosóficas. Desde campo más humilde, pero con resultados más positivos, el eminente fisiólogo C. Bernard proclama (sin excepcion ninguna) como la propiedad más general de los séres vivos la sensibilidad, diciendo que «todo lo que vive siente y puede ser anestesiado.» Antes que él, Haller afirmaba, refiriendo la sensibilidad al corazon, que es éste el órgano *primum vivens*, porque es el primero que se mueve en la vida intra-uterina y *ultimum moriens* por haber observado en los decapitados, que es el último entre todos los órganos en perder su movimiento y áun el que más fácilmente se consigue que vuelva á contraerse mediante una ligera corriente eléctrica.

La sensibilidad es funcion que acompaña indefectiblemente al sér vivo. Cuando no halla órgano adecuado para sus manifestaciones, inquiere con su energía funcional nuevas vías y procedimientos por donde salir al exterior, pidiendo plaza en la existencia. Es que la sensibilidad nutre la vida toda y sirve de nexo y articulacion al comercio constante de lo interno con lo externo ó de lo espiritual con lo corporal.

Así se observa que obstruido un órgano, el impulso funcional del sér sensible se ejercita con rozaduras y dificultades merced á nuevas conexiones que establece dentro del organismo. De este modo, cuando falta el órgano del oido, como subsiste la funcion auditiva, suplen su ejercicio, aunque imperfectamente, los sordos con una sagaz percepcion visual del movimiento de los labios del que habla. A las dificultades para interpretar la palabra por medio de la vista, se refieren las reconocidas desconfianzas de los sordos, á todos los cuales acusa la sabiduría popular de maliciosos.

De igual índole son los casos de excesivo desarrollo que del tacto adquieren los ciegos, y del olfato los que tienen interrumpido el ejercicio de los demás sentidos.

Son muy frecuentes los ejemplos de ciegos cuya delicadeza táctil llega á la percepcion del lugar en que se hallan por las corrientes más tenues del aire, orientándose en los sitios más intrincados. Al antiguo café del Iris asistia un ciego, que tomaba parte en todas las tertulias y andaba por aquellas encrucijadas de mesas y sillas sin dar tropiezo alguno y acertando con el sitio en que se hallaba dentro del local; ¡tan nimia y exacta era su orientacion!

Aún vive el célebre mudo Perea, cuyas vivas é intensas gesticulaciones hacen que se le entienda cuanto pretende expresar.

Estas y otras muchas observaciones sirven de base al nuevo método que se emplea en Paris y en otras partes para la educacion de los sordo-mudos, es decir, el *método oral*, del cual exponia detalles curiosísimos *Le Journal des Debats* en el último mes de setiembre.

Combinado el oral con el antiguo método ó sea el del desarrollo de la vista, siguiendo el movimiento de los labios, son grandes los resultados que promete ó deja por lo ménos presumir como esperanzas fundadas la combinacion del funcionalismo sensible.

Consistiendo la base sintética de la educacion de los sordo-mudos en suplir la falta del órgano del oido por el desarrollo de los demás, parece superfluo insistir en la necesidad de cultivar la vista y su aplicacion; pero si el sonido, como resultado de vibraciones, puede ser percibido, dentro de ciertos límites, por órganos distintos del conducto auditivo, el *epigastrio* por ejemplo, resulta (y así se ha comprobado en sordo-mudos del Instituto nacional de Paris) que *oyen* los sordo-mudos, merced á las vibraciones, el tambor que anuncia las horas de clase y de recreo y la trepidacion de un coche que rueda por la calle.

Conviene asociar á esta enseñanza rudimentaria ejercicios para perfeccionar los sentidos de los sordo-mudos, empleando su aptitud en observar los movimientos delicados, que requiere la produccion del sonido, por ejemplo, soplar globos ó burbujas de jabon, que enseñan á medir prácticamente la intensidad del aire.

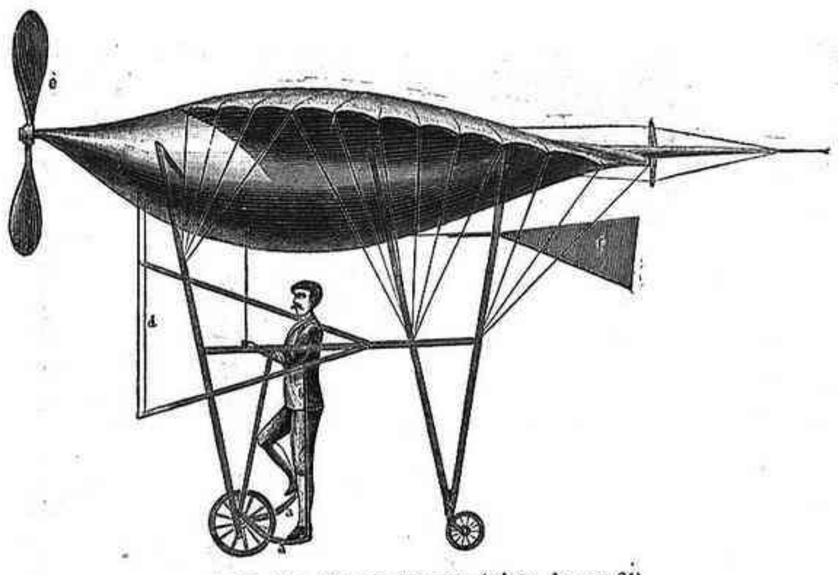
No ha usado nunca el sordo-mudo sus pulmones (que en él como en todos desempeñan una doble funcion, sirviendo á la vez para respirar y para producir el sonido) más que para respirar, y es necesario que aprenda su empleo en la fonacion.

Con esta nueva asociacion del funcionalismo sensible se puede obtener una regularizacion de la emision del aire segun la fuerza del sonido, para lo cual debe el profesor excitar al discípulo á repetir y dar relieve, de un modo gradual, á las contracciones del tórax y de la laringe, que han de prestar más tarde flexibilidad á las cuerdas vocales. De este modo puede confiarse en que á la vocalizacion ó emision de sílabas ha de seguir la articulacion de algunas palabras.

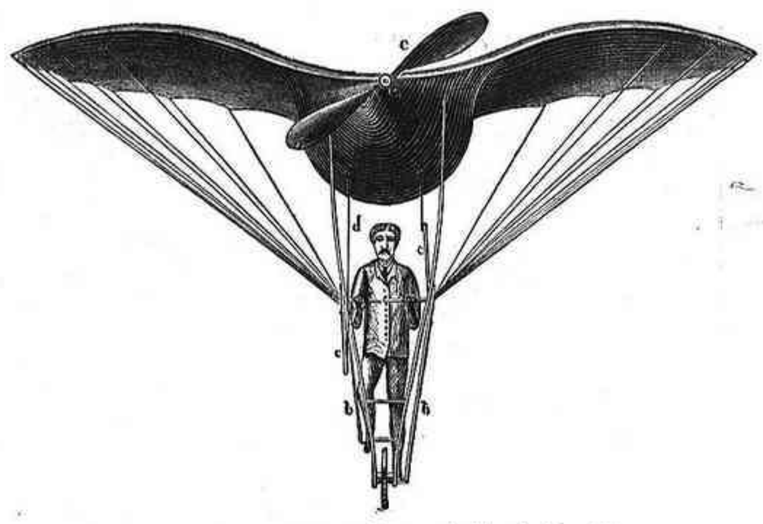
Este fenómeno complejísimo, que acusa más que nada que la naturaleza como gran artista se plega á las condiciones en que vive, puede observarse en el ya citado mudo Perea. Causa cierto encanto, mezclado de una melancólica nostalgia, contemplar aquella penetrante movilidad

(c) Ministerio de Cultura 2006

de la vista, unida á un esfuerzo titánico en las contracciones de la garganta y los labios, con que el mudo Perea llega á articular algunas palabras, sobre todo aquellas en que abundan las labiales y dentales. Parece en efecto que se ve sensiblemente el combate que libra la intensa energía de su funcionalismo sensible con la indómita rigidez de sus cuerdas vocales.



APARATO AÉREO GOUPIL (visto de perfil)



APARATO AEREO GOUPIL (visto de frente)

Prueban estas consideraciones que los sentidos se asocian y auxilian mutuamente como base para educar nuestra sensibilidad.

Repercuten en efecto unos en otros sentidos mediante su ejercicio recíproco y cooperan todos ellos y principalmente los mejor desenvueltos á una simetría concéntrica, que sirve de signo característico á la racionalidad de nuestras emociones.

De este modo resultan equilibrados nuestros sentidos, sin que exista por ejemplo en el hombre la vista del lince ó del águila, el olfato del perro, etc., predominios que se desenvuelven en el animal á costa de los demás sentidos.

En la sensibilidad humana, todos los sentidos se prestan un auxilio recíproco. Así es que en el hombre semeja, por ejemplo, el oido espejo en el cual nos vemos hablando, sintiendo nosotros ántes y mejor que aquel que nos escucha las equivocaciones que cometemos y que corregimos con la rapidez que el organismo consiente. El tartamudo repite indefinidamente su esfuerzo hasta que llega á pronunciar la palabra, advertido de su imperfeccion por el oido. La vista se convierte en el sordo en un oido más sutil y á veces en un tacto anticipado. Así lo prueba la sensacion compleja que percibimos cuando vemos dar á alguno rápida puñalada, que le priva de la vida, en cuyo acto parece que sentimos el escalofrio que produce el contacto del arma blanca. Igual funcion desempeña el olfato, que parece órgano del gusto ejercido á gran distancia, de lo cual procede la frase usual de que «se nos hace la boca agua» ante el olor ó la vista de manjares apetitosos. Más perceptible es aún esta cooperacion en el tacto, sentido genérico é indefinido, cuya fina delicadeza de matices, que llega por ejemplo en los chinos á la perspicua habilidad de que engarzan, mediante la punta de la lengua, perlas microscópicas, suple el ejercicio de los demás órganos, cuando estos se hallan obstruidos. Numerosos son los casos que se citan de ciegos de larga fecha (no de nacimiento) que han adquirido tan nimia precision para orientarse en una ciudad que, saliendo á plaza de gran amplitud, les bastaba adelantar la mejilla, percibir en ella la mayor ó menor violencia de aire y calcular su direccion, concluyendo por fijar el sitio en que se encontraban, cual si tuvieran poder para oir lo que Mansdley llama la sorda y armoniosa música de las esferas.

Los prodigios de habilidad que ejecutan algunos lisiados, la paciencia épica de muchos presidiarios, que con millones de piezas microscópicas componen objetos muy complejos, y otros muchos casos por demás frecuentes demuestran la virtualidad sintética del impulso sensible.

No ve el ojo, ni oye el oido, ni palpa la mano, sino que el funcionalismo de estos aparatos se concentra en la propiedad general del sér sensible. El alma siente y los sentidos son órganos ó aparatos destinados á comunicar al interior las impresiones que han de afectarla.

U. GONZALEZ SERRANO

ÚLTIMAS HORAS, cuadro por Grocholski

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. – *Ornamentacion*, 2 tomos. – *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. – *Pintura y Grabado*, 1 tomo. – *Cerámica*, 1 tomo. – *Historia del traje, armas y mobiliario, conteniendo la coleccion completa de la obra de* F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

(c) Ministerio de Cultura 2006